

CAPÍTULO XXXVII

Sale Hernan Cortés para Méjico.—Descripcion de los puntos por donde pasa.— Calzada de Iztapalapan y su extension.— Salen á felicitar á Cortés los grandes de la corte de Moctezuma á media legua de la ciudad.— Sus trajes.— Calles por donde entró Cortés.— Sale á su encuentro Moctezuma.— Se alojan los españoles en el palacio de Axayacatl.— Se les da un abundante banquete.— Moctezuma visita á Cortés.

1519. Brilló la aurora del 8 de Noviembre de Noviembre 8. 1519.

Hernan Cortés, sintiendo palpitar su corazon de gratas emociones, formaba sus soldados en los anchos patios del palacio que les había servido de alojamiento.

La atmósfera se veia transparente y diáfana, y claro el limpio azul del cielo, como se ve constantemente en el delicioso valle de Méjico en el mes de Noviembre, uno de los mas bellos del año en aquella primaveral region.

Las elevadas torres de los numerosos *teocallis* que ostentaba la majestuosa capital del imperio azteca, se levantaban arrogantes, alzándose por encima de los magníficos palacios, brillando con la luz del esplendente sol, como resplandecientes mástiles de una grandiosa nave que se mecía en las serenas aguas del lago.

El ejército se formó con admirable prontitud, colocándose los capitanes al frente de sus respectivas compañías.

En medio de las aguerridas filas de aquel puñado de infatigables soldados, se levantaba el estandarte de Cortés. La cruz roja que, sobre campo blanco y azul, ostentaba, infundía doble aliento y vida en sus esforzados corazones. La inscripción latina que en hermosas letras mostraba, encerraba para ellos una verdad innegable. «*Amigos,—se decían repitiendo la inscripción:—sigamos la cruz, y si tuviésemos fe en esta señal, venceremos.*»

Nada podía arredrar á hombres que abrigaban la creencia firme de que combatían por la causa de Dios.

Cortés se puso al frente de la columna, montado en su brioso corcel, acompañado de tres jinetes, que formaban la vanguardia de caballería. Continuaba luego la infantería española, compuesta de cuatrocientos hombres, resguardados los flancos por seis jinetes que marchaban á regular distancia uno de otro. Seguía la artillería, y detrás de ella marchaban los tres jinetes restantes que completaban el pequeño escuadrón. Después de los españoles iban los bagajes, ocupando el centro; y la retaguardia la formaba el ejército tlaxcalteca, fuerte de seis mil hombres, y algunos cempoaltecas que habían querido seguir la campaña.

El señor de Iztapalapan, el de Coyohuacan, y toda la nobleza que había recibido á Cortés en la ciudad, precedían al ejército acompañados de un numeroso séquito.

La marcha se emprendió pocos momentos después de haber brillado el día.

Las tropas caminaron media legua por el estrecho espacio que divide los lagos de Chalco y de Texcoco, entrando desde allí en una ancha calzada de dos leguas de largo, que unía á Iztapalapan con la capital de Moctezuma, atravesando las salobres aguas del último lago.

Bellas ciudades, situadas unas á la orilla de la laguna y otras penetrando dentro de ella, parecían salir como encantadoras sirenas á ver pasar á los afamados extranjeros. Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Coyohuacan y Mixcoac, eran esas sirenas, llenas entonces de mágicos hechizos, que se presentaban risueñas y graciosas á los asombrados ojos de los españoles, que se creían embargados por algún mágico ensueño.

De cada una de estas marítimas poblaciones salían centenares de canoas llenas de indios de todas clases, sexos y edades, remando hácia la calzada para ver á los hombres que llegaban de países desconocidos. La laguna se miraba cubierta de esas ligeras embarcaciones que se deslizaban por la tersa superficie de las aguas, como bandadas de delfines, atraídas por la vista de algún bajel. Los jardines flotantes cruzaban de un lado á otro del lago, como diminutos paraísos, cubiertos de aromáticas flores y plantas olorosas que perfumaban el ambiente. Todo era vida, todo armonía, todo poesía.

La grandiosa calzada podia considerarse como un delicioso observatorio, dominando los mas encantadores puntos del espléndido valle.

Esta calzada, notable por su solidez y perfeccion, era enteramente recta, estaba hecha de grandes piedras perfectamente unidas con mezcla, y su anchura permitia paso á ocho jinetes de frente (1). Los españoles miraban con admiracion aquella obra hecha con una precision geométrica sorprendente. La espaciosa calzada, que se extendia por el medio del lago, se hallaba cortada con siete canales pequeños que permitian el paso de las canoas de una laguna á la otra, en cada uno de los cuales se encontraba un puente de vigas que se quitaba fácilmente cuando se queria cortar el paso al enemigo.

La vista de los puentes puestos en aquel momento para la marcha del ejército infundian alguna inquietud en los soldados, pues veian que penetraban en una ciudad donde podian quedar cortados, con solo que sus contrarios les quitasen los puentes, únicos medios de salida. Traian á la memoria los alarmantes avisos de los tlaxcaltecas y huexotzincas, aconsejándoles que evitasen el penetrar en la ciudad, donde hallarian celadas en que podrian perecer, y temian que se realizasen las sospechas (2).

(1) «La cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada que pueden ir por ella ocho de á caballo á la par.»—Cortés, Carta segunda.

«Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha á la ciudad de Méjico, que me parece que no se tuerce ni poco ni mucho.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) Por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras

No estaba fuera de lo razonable aquella inquietud.

Cuanto les rodeaba estaba dando inequívocas pruebas de una civilizacion bastante adelantada, y de una poblacion numerosa y activa. Centenares de aldeas, tendidas en las márgenes del lago, alternaban con las villas y ciudades, presentando todas un número de habitantes sorprendente.

Un grito de guerra lanzado por el poderoso Moctezuma al tener á los extranjeros dentro de la formidable capital, bastaba para convertir cada poblacion en una terrible fortaleza.

Pero nada era capaz de arredrar el alentado corazon del hombre extraordinario que, sintiendo crecer su espíritu á proporcion de los peligros, habia destruido la flota para vencer ó morir en la mas difícil de las empresas.

Siguiendo por en medio del animado paisaje que á uno y otro lado de la calzada ostentaba sus encantos, llegó el ejército á un sitio llamado Xoloc, distante media legua de la capital, donde se unia la calzada de Coyohuacan. En el ángulo formado por las dos calzadas se levantaba un baluarte de piedra, de sólida construccion, con dos torres, que atravesaba el dique. Este baluarte, que se hizo notable despues porque en él se situó Cortés al po-

muchas, é viámoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho en trecho, y por delante estaba la gran ciudad de Méjico, y nosotros aun no llegábamos á cuatrocientos cincuenta soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas é avisos que nos dieron los de Guaxocingo é Tlaxcala y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado para que nos guardásemos de entrar en Méjico, que nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

ner cerco á la capital, estaba circundado de una muralla de once piés de altura, con un espeso parapeto, dos puertas y un puente levadizo.

El caudillo español hizo alto allí para recibir las felicitaciones de mas de mil nobles mejicanos, entre los cuales se contaban algunos personajes de la mas alta distincion. Habian sido enviados por Moctezuma para cumplimentar y conducir á la corte al jefe castellano. Iban vestidos con los vistosos y ricos trajes de gala reservados para las grandes ceremonias. Una faja de algodón rodeaba su cintura, y finas mantas de vivísimos colores ó mantos de plumas pendian de sus hombros. Colgaban de sus orejas y labio inferior ricos pendientes de oro y piedras de caprichosas formas; ostentaban magníficos penachos de hermosas plumas en sus cabezas; costosos collares de oro en la garganta, y magníficos brazaletes en los brazos y muñecas (1).

Cada uno de estos personajes fué pasando por delante de Cortés, saludándole tocando el suelo con la mano derecha y acercándola á los labios. Terminada la ceremonia, que duró una hora, los españoles continuaron la marcha con las mismas precauciones que observaban en los momentos de dar una batalla. Así caminaron en medio del gentío que obstruía el paso y de la nobleza que les acompañaba.

(1) «Usaban unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas con unas plumas que salían de ellos, que eran mas altas que la cabeza, y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subían con las plumas.»—Sahagun. *Historia de la Nueva España*.

Pocas varas antes de llegar á las puertas de la ciudad pasó la tropa otro puente levadizo de madera, de diez pasos de ancho, donde tenia otro corte la calzada para el paso de las aguas.

Cada uno de estos puentes les hacia recordar á los soldados los celos manifestados por el senado tlaxcalteca, y veían que, una vez dentro, bastaba que Moctezuma mandase quitar las vigas para quedar todos presos y sin defensa.

El gentío aumentaba á medida que el ejército penetraba en la ciudad, ávido de ver los caballos, las armas, los trajes y el rostro de los extranjeros. La admiracion de los mejicanos era grande con la vista de cosas enteramente nuevas para ellos; pero no era menor la de los españoles al penetrar en la capital, donde por do quiera que dirigian la vista notaban un grado de civilizacion muy superior al que habian encontrado hasta entonces en los demás puntos de la América, y que les hacia comprender el grave peligro que corrían.

Hernán Cortés entró por el sitio llamado actualmente San Antonio Abad, calle del Rastro y las rectas que le siguen, y que entonces, lo mismo que algunos años despues de la conquista, se llamó calle de Iztapalapan (1). Era entonces la calle principal que conducía al centro de la ciudad, como actualmente conduce.

(1) Empezaba la calle de Iztapalapan, por donde entraron los españoles, en la garita de San Antonio Abad, continuando, en línea recta, por la calle del Rastro, siguiendo la de Jesús, Portaceli, Flamencos, la Plaza, el Reloj, hasta salir al otro extremo.